



Las mujeres desaparecidas y la cuestión del género

Francisco Fernández Buey

Los estudios realizados en la década de 1990 han destruido otro de los tópicos establecidos en nuestros países; a saber: que las mujeres constituyen la mayoría de la población mundial sobre la tierra. El economista Amartya Sen mostraba hace ya unos años que esta generalización es errónea, debida a nuestra percepción de lo que es la situación actual en Europa y América del Norte, donde, efectivamente hay más mujeres que varones. Pero en varias partes de Asia (Sur, Oeste y China), en cambio, la relación es favorable a los varones; y en otras regiones de Asia, África y América Latina la relación es fluctuante.

Las mujeres desaparecidas es el título que Amartya Sen dio a un ensayo sobre estas cuestiones publicado en *The New York Review of Books*¹. Con esa expresión aludía a un hecho inquietante: aunque la biología, como se sabe, favorece ligeramente en general al género femenino, en numerosos lugares del mundo hay proporcionalmente más hombres que mujeres; la cifra de las mujeres que faltan, *de las mujeres desaparecidas* (la mayoría de ellas en Asia) se eleva a 100 millones, y esta cifra sigue hablando, silenciosamente, de una terrible historia de desigualdad y de abandono. Pues son, desde luego, la desigualdad y el abandono lo que causa esta mayor mortalidad femenina.

Por lo general, en todas las regiones del mundo nacen más varones

La cifra de las mujeres que faltan, de las mujeres desaparecidas, se eleva a 100 millones

*Este texto forma parte del libro de Francisco Fernández Buey, *Ética y filosofía política*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2000.

1. Amartya Sen, "Le doonne sparite e la disuguaglianza di genere", en *Politica ed economia*, abril de 1991, traducción italiana del ensayo publicado originalmente en NYRB, diciembre de 1990.

Parece lícito pensar que la desaparición de las niñas se basa en un prejuicio tradicional antifeminista

que mujeres: 105 ó 106 varones por 100 niñas. Este es un dato de la biología de la reproducción humana cuya causa se discute aún. Pero, en cambio, existe un acuerdo en que, después del nacimiento, la estructura biológica favorece a las mujeres: con la misma alimentación y asistencia médica las mujeres tienden a vivir notablemente más que los varones. Se ha comprobado que esta ventaja comparativa de las mujeres se da ya desde el nacimiento, e incluso en la vida intrauterina, y se acentúa aún más a partir de los cuarenta años; las tasas de Supervivencia de las mujeres, en condiciones iguales, son superiores a las de los hombres. Ésa es la razón de que haya más mujeres que hombres en Europa, en Estados Unidos y en Japón (pues, a pesar de que en estos países sigue habiendo desigualdad en cuanto al acceso a la instrucción superior y a la promoción de las mujeres para las funciones directivas, éstas no suelen ser discriminadas en cuanto a la alimentación y las curas sanitarias). Independientemente de otros factores, las mujeres tienen tasas de mortalidad inferiores a cualquier edad.

La discriminación en cuanto a curas médicas, alimentación y asistencia social hace que el destino de las mujeres sea muy distinto en la mayor parte de Asia y del norte de África. En la India, la mortalidad femenina es superior a la masculina en todos los grupos de edad. El fenómeno no es uniforme en todos los países del tercer mundo (un ejemplo contrario es el del África subsahariana). Tampoco es uniforme en toda Asia. Sen ha calculado que el número de «mujeres desaparecidas» en China es aproximadamente de un 6 por 100 a un 11 por 100 respecto de las debería haber. Y ha llegado a la conclusión de que el número de «mujeres desaparecidas» en el mundo ronda los cien millones (de las cuales 50 millones han desaparecido en China).

Para explicar este fenómeno se han propuesto razones culturales (sexismo en Oriente) y económicas (subdesarrollo). Sen argumentó que ninguna de esas dos generalizaciones establecidas lo explica todo. En primer lugar, porque las situaciones son muy distintas tanto en el conjunto de lo que llamamos Occidente como en el conjunto de lo que llamamos Oriente (en la Cámara de Representantes de Estados Unidos había, en la fecha en que Sen publicó su artículo, un 6,4 por 100 de mujeres, mientras que en la cámara baja de la India había un 7,9 por 100). En segundo lugar, porque son numerosos los países pobres en los que no hay déficit de mujeres: mientras que el África subsahariana tiene un excedente de mujeres, en China, por ejemplo, se ha manifestado un significativo declive de

la población femenina precisamente después de las reformas económicas introducidas en 1979, lo que muestra que un rápido desarrollo económico puede ir acompañado de un aumento de la mortalidad relativa de las mujeres, y particularmente de la mortalidad infantil femenina.

Amartya Sen, por su parte, propone una explicación que tenga en cuenta la interrelación de factores económicos, sociales y culturales en relación con las diferencias regionales. Y especifica el análisis concreto comparando la situación de China después de las reformas económicas y de la política demográfica de los primeros años de la década de 1980 con la situación del estado indio de Kerala, donde el porcentaje de mujeres (1,03 por 100) respecto del de hombres está más cerca del de Europa (1,05 por 100) que del de China o el de la India en su conjunto (0,94 por 100). La excepcionalidad de Kerala respecto a los marcos culturales más próximos, y por comparación con la India China, se debe precisamente a una combinación de factores, entre los cuales seguramente los más importantes son: el muy alto índice de alfabetización de las mujeres, el hecho de que muchas mujeres (en comparación con lo que ocurre en la zona) tengan un trabajo remunerado y el que la propiedad se herede allí por línea femenina, además de la atención prestada por el estado y los gobernantes, desde hace décadas, a la instrucción pública primaria².

Hay que precisar, de todas formas, que «mujeres desaparecidas» no quiere decir, en todos los casos y en todos los países, «mujeres muertas». Aunque el ascenso en flecha de las tasas de mortalidad infantil femenina en China desde 1980 (de 37,7 por 1.000 en 1978 a 67,2 por 1.000 en 1984) inducían a establecer aquella identificación terrible, y aunque el término sigue teniendo entre nosotros, por motivos conocidos, una connotación siniestra, estudios posteriores han sugerido que al menos una parte (tal vez la mitad) de las «desaparecidas» en las estadísticas chinas podrían haber sido niñas no declaradas oficialmente y adoptadas clandestinamente por otras familias³. Esto se explicaría por la resistencia de una parte de la población rural china a la política impositiva del hijo único y tendría que ver, tal vez, con el espontáneo movimiento de las mujeres que Kate Xiao Zhou ha llamado «guerrilleras del nacimiento por encima de la cuota» (*choasheng yuojidui*)⁴.

Aun suponiendo que haya sido realmente así, parece lícito pensar que la desaparición de las niñas se basa en un prejuicio tradicional antifeminista, en la idea, de que, dada la política demográfica del

Hay en el mundo 110 millones de mujeres y niñas con los órganos genitales mutilados

2. José I. González Faus, *El derecho de nacer. Crítica de la razón abortista*, Cristianisme i Justícia, Barcelona, 1994.

3. Esten Johanson y Olga Negren, "The Missing Girls of China: A New Demographic Account", en *Population and Development Review*, 71, n° 1 (1991).

4. Kate Xiao Zhou, *El poder del pueblo*, pp. 286 ss.

hijo único, la niña nacida en primer lugar cierra las posibilidades de descendencia masculina y por eso es despreciada, ocultada o víctima del infanticidio. En un informe publicado en 1992 por las Naciones Unidas sobre la *Situación de la mujer en el mundo. Tendencias y estadísticas (1970-1990)* aparecen algunos datos que permiten ratificar la hipótesis de Amartya Sen. En 1990 había en el mundo 5.300 millones de personas, menos de la mitad de las cuales (2.630) eran mujeres. De los ocho mil abortos practicados en Bombay más de siete mil fueron de fetos hembras. Cada año se practican en el mundo cuarenta millones de abortos, en la mayoría de los casos por imposibilidad de las mujeres de acceder a servicios de planificación familiar en países pobres o empobrecidos. Aproximadamente la mitad de esos abortos se realizan en condiciones de insalubridad absoluta. Lo que supone que entre 100.000 y 500.000 mujeres (aquí las fuentes discrepan) mueren anualmente a causa de abortos o partos practicados en condiciones deplorables; otras muchas mujeres quedan con lesiones de por vida.

La Conferencia de Pekín convirtió el silencio de las cifras en protesta clamorosa. Y abrió un nuevo frente a las controversias sobre población en nuestras sociedades. Desde entonces no es posible reducir la polémica sobre población humana a si debe hablarse preferentemente de problema demográfico mundial, o más bien de problemas (en plural) demográficos diferenciados por regiones y culturas en función de la división económica del mundo. Se hace necesario introducir, también en esto, la perspectiva de género.

La Comisión Internacional para la Investigación de los Derechos Humanos informaba, en la primavera de 1995, de que cada año 2 millones de mujeres sufren mutilaciones genitales en países africanos, asiáticos y de Oriente Medio. Hay en el mundo 110 millones de mujeres y niñas con los órganos genitales mutilados. Y a pesar de que en 1993 los gobiernos de los países adscritos a las Naciones Unidas firmaron una declaración sobre la necesidad de eliminar la violencia contra las mujeres, informantes de Amnistía Internacional han puesto de manifiesto que «muchos gobiernos permiten abiertamente que sus policías y soldados lleven a cabo violaciones y torturas» contra ellas. Y no sólo en países conmovidos por conflictos bélicos abiertos, como Ruanda, Kenia, Bosnia, Kosovo, Chechenia, Timor o la India. Las vejaciones, humillaciones y discriminaciones se producen también habitualmente en áreas geográficas en las cuales las mujeres son responsables de la producción de más del 80 por 100 de los alimentos, así como en países en los que

Dos tercios de los pobres del mundo son mujeres. El 70% de los analfabetos también son mujeres

las mujeres trabajan regularmente más horas que los varones en el mantenimiento de las familias.

En buena parte de las zonas rurales del mundo las mujeres son en la práctica responsables únicas de la nutrición de los niños, desde la gestación hasta el período crítico del crecimiento. Pero, sintomáticamente, el 70 por 100 de la población mundial que vive en la pobreza son mujeres. El 80 por 100 de los refugiados y desplazados existentes en el mundo son mujeres. En las mismas condiciones de trabajo, el salario de la mujer es el 30 por 100 o 40 por 100 más bajo que el del hombre y hay casos, en Asia, en que llega a ser del 50 por 100. El desempleo femenino es mucho más alto que el masculino. Dos tercios de los pobres del mundo son mujeres. El 70 por 100 de los analfabetos del mundo (casi 1.000 millones) también son mujeres. Dos de cada tres mujeres reciben malos tratos: cada ocho segundos una mujer es maltratada físicamente y en la mayoría de los casos es víctima del propio marido. Se ha calculado que mientras que las mujeres son responsables de dos tercios del trabajo que se presta en el mundo, sólo reciben el 10 por 100 del beneficio mundial y poseen únicamente el 1 por 100 de las tierras de cultivo a pesar de constituir el 80 por 100 de la mano de obra campesina en los países⁵ del tercer mundo.

Esto quiere decir que, pese a la generalización de la vindicación feminista desde los años sesenta en Estados Unidos y en Europa, y a pesar de las cada vez más repetidas declaraciones institucionales acerca de la igualdad de oportunidades para los dos géneros, las mujeres siguen teniendo el estatus de «segundo sexo» en la gran mayoría de los países del mundo⁶. La existencia de tantas *mujeres desaparecidas* en varios continentes (o la persistencia del estatus de «segundo sexo») al mismo tiempo que, en unos pocos países del norte de Europa, las propias mujeres empiezan a superar la psicología de la exclusión son datos que hablan de situaciones lo suficientemente diferenciadas como para sugerir la *no contemporaneidad* de los discursos sobre el futuro de la mujer en el planeta. Esta no contemporaneidad de los discursos (y, por tanto, de los movimientos de liberación o emancipación) tendría que ser actualmente el punto de partida de la aspiración feminista a hacer de las mujeres sujeto de la transformación social.

Al enfrentarse al asunto de «las mujeres desaparecidas» el pensamiento ético-político dominante en Europa suele subrayar que eso es cosa de otros continentes, un resto de la barbarie con que aún se impone la «razón patriarcal» en lugares lejanos. A veces se argu-

Mientras que las mujeres son responsables de dos tercios del trabajo que se presta en el mundo, sólo reciben el 10% del beneficio mundial

5. Cifras publicadas por la Comisión de la IV Conferencia Mundial de la Mujer de las Naciones Unidas en 1995.

6. Sobre el concepto de "segundo sexo" y sus implicaciones ético-políticas, véase Teresa López Pardina, *Simone de Beauvoir, una filósofa del siglo XX*, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1998.

Sólo las mujeres nórdicas han superado la psicología de la exclusión y han logrado convertir sus necesidades en prioridades de toda la sociedad

menta incluso que en esta parte del mundo la «razón patriarcal» ha sido superada y que hemos entrado en una nueva fase en la que el viejo machismo se retira en desbandada⁷. Es posible que eso esté ocurriendo en determinados círculos minoritarios. Y no hay por qué despreciar lo que haya en ello de tendencia más general. Pero, la verdad es que, por el momento, y aunque con otra forma, también en el mundo más próximo reina la desigualdad entre géneros.

Estudios recientes han vuelto a poner de manifiesto la persistencia de la desigualdad por géneros en las democracias realmente existentes en la Unión Europea. El desempleo afecta fundamentalmente a las mujeres, sobre todo a las mujeres mayores de 45 años; la discriminación, en razón del sexo, en los centros de trabajo sigue siendo una constante: las mujeres han de demostrar lo que en los hombres se da por supuesto (como el valor en el antiguo servicio militar); la presencia de mujeres en cargos directivos y en la gestión (empresarial y política) sigue siendo muy minoritaria; y lo que es peor: los malos tratos a las mujeres parecen ir en aumento en algunos países. En el nuestro el número de mujeres, ya no «desaparecidas», sino asesinadas por varones está alcanzado en los últimos tiempos índices aterradores, que chocan directamente con la ilusión de que estamos al final de la época de la «razón patriarcal». Una de las conclusiones a que llegan los estudios comparativos de la situación de la mujer en Europa es que hasta ahora *sólo las mujeres nórdicas han superado la psicología de la exclusión* y han logrado convertir sus necesidades en prioridades de toda la sociedad⁸.

7. VV. AA., *El final del patriarcado*, La Librería de les Dones, Barcelona, 1996

8. En esto coinciden las comunicaciones presentadas al "Carrefour Européen des Sciences et de la Culture". organizado por la Célula de Prospectiva de la Comisión Europea sobre el tema *Les femmes dans le projet européen* (Echternach, Luxemburgo, 21-22 de julio de 1994. Y en el mismo sentido: M.J. Aubet, *Democracias desiguales: Cultura política y paridad en la Unión Europea*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1995.